me á su cuarto, y que durante media hora me ha estado haciendo preguntas á propósito de las historias de Beaulieu, tratando de saber una porción de cosas sobre Teresa.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que he querido, naturalmente. Pero, creedme, amita, es preciso que estéis en guardia. Este hombre no está seguro..... Podría jugaros una mala pasada.

—No téngas miedo. No está en estado de luchar conmigo..... Y el día en que midamos nuestras garras ¡ay de él!

—Es violento.

—Yo le haré entrar en razón por otro más fuerte que él.

—¿Y si antes se entiende con vos?

—Sabré guardarme.

Envuelta en sus encajes, Lydia hablaba con espantosa tranquilidad. Sonrió ferozmente, y añadió:

—¡Oh, le aborrezco bien! Jamás sufrirá bastante para el mal que me ha hecho.

—En todo caso, ya estáis advertida.

—No temas nada, ya verás. Está en mis manos y no está lejos la hora en que pagará lo que me debe.

Leila aprobó con la cabeza, en su ciega adoración, y se apresuró á ayudar á levantarse á su ama.

VIII

Lydia se había prometido odiar y no amar más. Pero Mauricio de Roquiere había trastornado este programa. La opinión, cuando hace una reputación á las gentes, jamás se equivoca por completo. Siempre hay alguna circunstancia que justifica su favor ó su censura. El marqués, clasificado como hombre favorecido por las mujeres, poseía en realidad las cualidades del empleo, y la linda condesa, aunque al pronto le hubiera juzgado sin consecuencias, tuvo, en un momento dado, que comprender que no se juega impunemente con el fuego. Se había quemado en la llama encendida con sus propias manos, y habiendo querido hacer de Mauricio un hombre suyo, dispuesto á todo para agradarla, habíase convertido, por un justo cambio, en mujer sometida á él. La criolla quedó cogida en sus propias redes, y el filtro que había escanciado al joven la embriagó á ella misma.

Se había entregado con arrebato, casi con rabia. Pero sólo hablaban en ella los sentidos, y la misma pasión animal, á que la arrastraba su temperamento fogoso, habíala echado en los brazos de Roquiere, como en brazos de Girani. Estaba loca por este buen mozo rubio, como lo había estado por el buen mozo moreno. Pero su inteligencia no se había turbado, era dueña de su pensamiento. Razonaba y no olvidaba ninguna precaución para no ser sorprendida. La situación del cuarto de la calle de Lubeck le había parecido buena. Ya había ido á él cuatro veces, sin encontrar á nadie, ni delante de la casa ni en la escalera. Así le molestó mucho que Samuel le diese á entender que había sido vista. Imponíase la necesidad de tomar algunas medidas. ¿Renunciar á Roquiere? Ni siquiera pensaba en ello. Para aquella audaz mujer, tan segura de sí y de los demás, era inadmisible retroceder en el camino que se había trazado. Persistir en ir á la calle de Lubeck era

muy arriesgado. Había que entenderse, sin embargo, con el marqués, á fin de asegurar el porvenir, y era preciso ir allá una última vez para poder hablar libremente.

A todo esto iban preparándose acontecimientos que tenían, cuando menos, tanta importancia como sus asuntos de corazón, y eran asuntos de Bolsa. El *Comptoir*, empujado hacia adelante, como una máquina de guerra, por el partido entero cuyos intereses representaba, había producido en el orden financiero una perturbación que no estaba cerca de calmarse. Emitido á quinientos francos, aquel valor había hecho prima enseguida, y por una marcha ascendente, tal como no se recordaba otra tan rápida, había llegado á unas alturas adonde ya parecía peligroso seguirlo, en adelante, á las gentes prudentes. Las consecuencias de aquella alza habían sido muy serias para los fondos públicos. La renta, vendida por paquetes para hacer arbitrajes, había bajado; los caminos de hierro andaban flojos y el Banco mismo ya no era dueño de la cotización de sus acciones. Los fondos italianos acaban de bajar diez francos aquella semana, y el exterior español estaba en el marasmo. Algunos corredores habían sido ejecutados á fin de mes. En general eran extranjeros, y su caída había sido saludada como un desquite nacional.

En vez de moderarse, al notar aquel peligroso quebrantamiento de los fondos públicos, los especuladores, comprometidos en el *Comptoir*, habían redoblado su audacia y sus esfuerzos. Apoderábase de ellos una extraña locura. No ponían límite á sus ganancias. Y habiendo ya empujado al *Comptoir* hasta dos mil, veían ya como cosa segura el precio de dos mil cinco. Los financieros bien informados,

como Bernheimer, se inquietaban y comenzaban á inquietar á los demás. Sabían que el Consejo de ministros se había ocupado seriamente de aquella alza formidable del valor reaccionario, y no ignoraban que, desde hacía una semana, un sindicato formado por las seis casas de banca más importantes de París, pertenecientes, como por casualidad, á la banca judía, había emprendido una campaña á la baja sobre el *Comptoir*, y perdía ya treinta millones; tan irresistible era el movimiento de alza.

Samuel, educado en el respeto á las grandes casas, se había sentido enfriarse mucho por la aparición en la contienda de los que había considerado siempre como sus maestros, y por los cuales era tratado como amigo. Fué al Consejo semanal del *Comptoir*, animado de sentimientos completamente nuevos, que apenas convenían con los de los administradores del negocio; y desde el principio de la sesión mostróse una divergencia de opinión muy grave entre el banquero y sus nobles asociados. Había ido con la intención de informarlos sobre la situación, y los encontraba decididos á seguir sin oir nada. Con su claridad de expresión habitual planteó la cuestión, y dijo que el *Comptoir* había subido más de lo que debía y á un punto en que no podría sostenerse; recomendó la prudencia y la necesidad de consolidar la situación. Habló con mucha prudencia, y tenía que habérselas con locos. Alzóse bruscamente en derredor suyo un rumor. Se fruncían todos los entrecejos, las caras tomaban aspecto hostil, las palabras iban agriándose. Si sentía inquietudes, ¿por qué no se retiraba? Estaba en su derecho al abandonar á sus aliados de la víspera. Sabíase, por lo demás, que la Sociedad prosperaría sin él. ¿Acaso se creía indispensable?

A estas palabras, Samuel, que estaba muy preocupado, se sonrió. Parecíale una carga muy pesada la responsabilidad de los negocios emprendidos y se anticipaban á sus deseos, ofreciéndole una libertad que no sabía cómo pedir. Y con ironía:

—Creed, señores, que yo estaba lejos de desconocer vuestras capacidades—dijo con una sorisa—y que de ningún modo estoy inquieto por la suerte del *Comptoir* si abandono su dirección. Pero siempre he tenido como regla no dejar mi dinero allí donde no estoy..... Quiero advertíroslo.

Esta declaración levantó una tempestad de apóstrofes.

—¡Vended vuestras acciones!..... ¡Retiraos completamente!..... ¡Se sabrá reemplazaros: escribid vuestra dimisión!..... ¿Cuántos títulos tenéis?

—Señores, no obremos ligeramente—dijo Bernheimer en medio de las interpelaciones que comenzaban á hacerse violentas.—No quiero cogeros la palabra..... Reflexionad hasta fines de semana...

—¡No! ¡Ni un día más! Habéis dudado del negocio..... ¡Ya no tenemos confianza en vos!

Y le rodeaban, animados los rostros y levantados los brazos. Toda aquella gente, irritada por el ansia de la ganancia, estaba encolerizada, casi rabiosa, al sentir oposición á sus entusiasmos.

—¡Eh, señores, llevad cuidado! Vais á deponerme si no me apresuro á dimitir..... Y os haréis daño á vosotros mismos. ¿No queréis escucharme? ¿No? ¿No queréis ser prudentes? ¿No? ¿Queréis llegar al borde del abismo? ¿Sí? ¡Entonces quedaos con Dios! Tengo en mi caja seis mil títulos del *Comptoir*.....

—Los compro—dijo una voz agria.

Hubo un momento de religioso silencio. El que acababa de hablar se comprometía por doce millones. Era un hombrecillo delgado, embutido en una levita azul, irguiendo sobre un cuello muy alto un rostro hinchado, con ojos de chino y bigote escaso y rojizo. Heredero de uno de los nombres más grandes de Francia, poseía una inmensa fortuna, aportada por su madre, única heredera de Sauvial, el industrial famoso que fué el primero en aprovechar la madera para la fabricación del papel.

—Señor duque—respondió Bernheimer—esta noche estarán los títulos en vuestra casa.

Saludó á todos con una sonrisa:

—Ahora, señores, ya no tengo nada que hacer aquí..... ¡Buena suerte!

Y salió. Sin embargo, un hombre como Samuel no podía abandonar la presidencia del Consejo de un negocio de tanta importancia como el *Comptoir*, sin que se produjese un movimiento en la Bolsa. Tan pronto como se supo la noticia hubo una gran agitación en el mundo financiero, y la resolución tomada por Samuel fué interpretada en buen ó en mal sentido, según que eran sus amigos ó sus adversarios los que hablaban: «El *Comptoir*, privado del apoyo de Bernheimer, iba á ir para atrás prontamente. ¿Cómo acogería aquella defección la Junta general convocada para dentro de poco?» «¡El *Comptoir* desembarazado de las trabas que le imponía la incomprensible timidez de Bernheimer, iba á emprender mejor marcha! ¡La Junta general votaría sin vacilar todo lo que propusiera el Consejo»! Entretanto, hubo una baja de cien francos y el precio de dos mil se perdió. Pero un esfuerzo supremo de los tenedores del valor restablecía el negocio antes de la campanada de las tres, y el

Comptoir, vuelto á dos mil, acababa á dos mil veinte, en alza.

Aquella misma mañana Samuel, fiel á su convenio con Lydia, le había enviado estas dos líneas: «Vended el *Comptoir*, aunque haya alza: el negocio se tuerce.» En el momento en que recibió este aviso, Lydia estaba en el saloncito de su madre. Desde hacía algunos días, la señora de Saint-Maurice no salía de sus habitaciones, quejándose de horribles neuralgias. Acurrucada al lado de la chimenea, la buena señora se lamentaba de los sufrimientos que había tenido durante la noche. Su hija, sentada en un pequeño *pouf*, la escuchaba distraída, con los ojos fijos en los ardientes tizones y arrollando entre sus dedos la carta de Bernheimer. Su encantadora frente estaba surcada por una profunda arruga, y los rosados labios, contraídos con un pliegue feroz, mostraban la punta de sus dientes. El ruido que hizo la puerta al abrirse le hizo volver la cabeza. Entró su marido.

Aproximóse éste primero á la señora de Saint-Maurice, y después de haber provocado sus gemidos con una pregunta afectuosa, se dirigió á Lydia:

—¿Sabéis, querida, que hay novedades?..... Acabo de saberlo por un periódico..... Bernheimer no está ya al frente del *Comptoir*.

—Acaba de hacérmelo saber hace un momento.

—¿Y qué vamos á hacer? ¿Os lo dice?

—Porque Bernheimer se retire de un negocio, no hay motivo bastante para que éste vaya mal.

—Samuel es un poco atrevido—dijo la señora de Saint-Maurice:—esta era la opinión de mi cuñado Letourneur..... Por esto se separaron..... Acaso ha querido llevar demasiado lejos al *Comptoir*.

—Más bien creería yo que ha querido moderar el celo de nuestros amigos.

—¿Qué ha pasado ayer en la Bolsa?

— Ha subido. Pero hay que conocer los motivos reales de esta retirada..... Iré á casa de nuestro amigo enseguida para saber si hay que sostenerse ó liquidar.

Lydia quedó un instante pensativa; luego, decidiéndose, dijo con voz clara:

—Bernheimer cree que va á subir todavía.

—Entonces no me muevo—dijo Raimundo.

—Me parece que haréis bien.

El momento era decisivo, y Lydia, sin vacilar, empujaba á su marido por la pendiente que conducía á la ruina. Este era su primer movimiento ofensivo. El plan que había preparado sordamente debía realizarse ahora con una rapidez fulminante. El derrumbamiento de su fortuna debía quebrantar á Ploerné y ponerle moralmente á merced de Lydia. Esta había tenido cuidado de separar sus intereses de los de su marido, y Samuel maniobraba con demasiada seguridad para que los fondos confiados á él por la mujer á quien adoraba, no constituyesen en breve plazo una fortuna. Y por otra parte, ¿no le pertenecía él en cuerpo y alma? ¿Acaso no estaría siempre dispuesto á hacer, á una señal, todo lo que ella le mandase? ¿Qué arriesgaba, pues, al arruinar á Raimundo? ¿Desesperarlo, lanzarlo á una resolución extrema? Esto era lo que ella quería. Tener en sus manos, al fin, al que le había arrancado sus primeros gritos de dolor, al que le había hecho derramar sus primeras lágrimas: no tener más que apretar para aplastarlo y vengarse. Se aproximaba el momento de este vivo placer. Y con una satisfacción atroz, veía que

su lazo estaba bien tendido. Levantóse admirable de tranquilidad, besó á su madre y almorzó enfrente de su marido, hablando libremente, como si nada amenazador les separase.

A todo esto una carta había avisado por la mañana á Roquiere que se encontrase en la calle de Lubeck á eso de las tres. ¿Pero quién habría podido prevenir al franco y bueno Ploerné de que se hacía traición á su confianza, y de que detrás de la frente tersa y blanca de Lydia se agitaban pensamientos infames? Seguramente no habría sido él quien lo sospechase. Vivía tranquilo creyendo en la honradez de los demás como en su honor, y la linda criolla, que le miraba sonriendo, pensaba con feroz malicia: «Hé aquí un hombre que es engañado y que no sospecha nada. Es muy ridículo. Sí, eres muy ridículo, amigo mío, con tu presuntuosa confianza. Estás seguro de tí, y por consiguiente de mí. ¡Pues bien: haces mal, y eres ridículo, ridículo!.....»

Y lo repetía con insistencia, con cólera, como si tuviera necesidad de probárselo á sí misma. Pero no lo conseguía. Por mucho que mirase á Raimundo no le encontraba ridículo. Si hubiera confesado su secreto pensamiento, hasta habría declarado que le inquietaba. Seguía él enfrente de ella con aspecto sencillo, hablando poco, porque no le gustaba hablar inútilmente, y en todos sus movimientos se revelaba una fuerza que imponía respeto. Siempre se le había presentado así, y á pesar de sus esfuerzos para llegar á no respetarlo, le respetaba. Crecía con esto su ira, y le injuriaba mentalmente, ya que no podía de palabra. Preguntábase á veces si aquel hombre tranquilo y frío era capaz de sufrimiento.

No le había visto trémulo y fuera de sí en Beaulieu, con el corazón devorado por la duda. A sus ojos, siempre había aparecido sonriente y dulce. Sólo Teresa sabía hasta qué punto podía sufrir.

Lydia se levantó tarareando, y al preguntarle su marido cómo pensaba pasar el día, respondió mirándole de alto á bajo:

—Iré á ver á mi galán.

Hizo él un ademán de disgusto y reconviniéndola:

—No me agrada que os chanceéis de ese modo. No es digno de una mujer como vos. Sed más formal.

—Ya lo seré de sobra en la vejez. Pero decid, ¿creéis que tengo un galán?

—Creo que tenéis muchos.

—¡Oh! Muchos es ninguno. ¿Y uno solo?

—No, no lo creo—dijo él con calma.—¿Qué gusto tenéis en someterme á esta prueba? Insistís en ella con frecuencia. Ha pocos días me preguntábais lo que haría si me diéseis celos..... Estáis demasiado segura de mi cariño para que necesitéis estimularlo, y no os hago la ofensa de desconfiar de vos.

—Tenéis razón. Por otra parte, ¿qué ganaríais con sospechar?

—Sólo hacerme muy desgraciado.

—¡Sois muy prudente!

Y saludándole, entró en sus habitaciones.

Siempre que Mauricio de Roquiere iba á pasar la tarde en la calle de Lubeck, la portera encargada del arreglo de la habitación subía á las nueve, abría las ventanas, barría y hacía la limpieza. La amiguita del joven Bricolier, observadora, como

toda mujer cuya sola ocupación es espiar á la vecindad, había observado aquella coincidencia. Y cuando oía por la mañana sonar las puertas en casa de su vecino, se decía: «¡Hola! luego habrá orgía en la torre.» Y nunca se engañaba. Roquiere llegaba invariablemente. Algunas veces era ella la que faltaba. Aquella mañana, la escoba y el plumero de la portera se habían puesto en movimiento más tarde que de costumbre. Sin embargo, al medio día, Bricolier supo por un telegrama que el «vecino» esperaba á su querida. Un cuarto de hora después, Bernheimer estaba advertido de ello.

Había tenido Roquiere felices aventuras amorosas. Se sabía de algunas, no por culpa suya, pues era discreto. Pero jamás se había interesado su corazón como por aquella peligrosa Lydia. Le enloquecía. Perdía ante ella su hermosa impasibilidad, y encontraba, para adorarla, los ardores del adolescente en su primera aventura. Al principio de sus relaciones, la había esperando inútilmente semanas enteras en la calle de Lubeck. Por fin había conseguido atraerla, y tanta era su dicha, que le parecía vivir en el cielo. Pasábase mucho tiempo, cuando tenía cita, solo, en aquel gabinete, recostado en los cojines, que conservaban todavía algo del perfume de la joven, pensando en ella, y saboreando de antemano la felicidad de verla. Y cuando llegaba, cuando oía en la escalera el ruido débil y rápido de sus tacones, todo tembloroso entreabía la puerta para facilitarla la entrada. Entonces la arrebataba en sus brazos, la sentaba en una butaca cerca de la chimenea, y se arrodillaba delante de ella como delante de una reina. Aquel vigor, aquella humildad, agradaban á Lydia. Sentía placer en dominar á aquel buen

mozo, tan sumiso y tan fuerte. Conocía que podría manejarle á su antojo, y esto era precisamente lo que se había propuesto.

Aquel día Roquiere estaba preocupado. Por primera vez la joven le citaba precipitadamente, y en la premura adivinaba algún peligro. La noche antes, en la Opera, no había encontrado ocasión de hablarle á solas; pero ella le había dirigido miradas singulares. La actitud de Bernheimer era también muy extraña. De ordinario cariñoso y afable, el banquero se había mostrado frío y brusco. Relacionando todos aquellos detalles, Mauricio sospechaba algún incidente, tal vez un peligro. Pero ¿cuál? Dirigióse muy temprano á la calle de Lubeck, y pasó por delante de la puerta del cuarto vecino sin notar que estaba entreabierta, y que por la abertura dos ojos le miraban irritados.

Abrió con su llave, y después de haber encendido la chimenea, registró la habitación. Todo estaba en orden, había flores frescas en los jarrones y algunos fiambres preparados sobre un velador. Paseábase de un lado á otro, en medio del silencio de aquel retiro misterioso, distrayendo su impaciencia con el movimiento, consultando su reloj á cada cinco minutos, y admirándose de que aún no hubiese transcurrido un cuarto de hora. A las tres comenzó á inquietarse. Lydia era siempre muy exacta. Algo debía haber ocurrido para que no estuviese allí. En vano prestaba atención. Ningún ruido en la casa. Una calma triste le pesaba sobre el corazón. A las tres y media se sentó en una butaca, agobiado, preguntándose qué grave motivo impedía á la joven acudir. Si hubiera sabido lo que pasaba á cuatro pasos de distancia, mientras él se impacientaba, se habría del todo desconcertado.

A las tres menos cinco, con una exactitud criminal, la linda condesa se apeó de un coche en la esquina de la calle, y después de pagar al cochero avanzó tranquilamente hasta la casa. La calle estaba desierta. Franqueó la puerta exterior, y llegando á la escalera, empezó á subirla con rapidez. Iba á llegar á un descanso cuando se abrió la puerta del entresuelo situado enfrente del departamento de Roquiere, y antes de que ella pudiese decir una palabra ni hacer un gesto, Bernheimer la agarró por una muñeca, la hizo entrar en la antesala y cerró. Todo pasó en un momento. Lydia, sin tiempo para darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró en un saloncito, cara á cara con Samuel, sonriente, pero muy pálido. Abrió la boca para protestar, para acusar. El no se lo permitió, y poniéndole un dedo sobre los labios:

—¡Silencio! No gritéis, tranquilizaos; dejad á Roquiere donde está y hablemos nosotros.

—¡Lo que habéis hecho es odioso!—clamó Lydia, sofocada por la sorpresa y la cólera.—No os lo perdonaré jamás.

—¿Quién de los dos necesita el perdón del otro?—preguntó Samuel con ironía.—Os habéis burlado de mí, señora, y he querido demostraros que no soy tan imbécil como os podíais figurar. No me negaréis ya vuestros paseos por la calle de Lubeck, puesto que os he cogido infraganti.

—Vuestra conducta es indigna de un caballero.

—Como queráis. Pero un caballero es fácilmente juguete de una mujer hermosa, y no me agrada mucho hacer ese papel. He puesto, pues, á un lado mi caballerosidad y apelado á mi astucia. Ya veis que me ha servido admirablemente.

Lydia no le oía. Encerrada en un desdeñoso silencio, se mantenía de pie, delante de la chimenea, afectando esperar á que Bernheimer terminase aquella difícil situación. Este le señaló una silla, y con un tono bonachón:

—Vamos, querida mía, no os enfadéis. Habéis sido descubierta. Esto es desagradable, desde luego. Pero, en suma, todo se queda entre los dos, y bien sabéis que tenéis el derecho de decir y de hacer cuanto os plazca á vuestro servidor.

Lydia volvió ligeramente la cabeza y dejó caer sobre Samuel una mirada cuyo poder conocía, y como haciendo una concesión se sentó. Después con una calma extraordinaria:

—En primer lugar, ¿dónde estoy?

—En mi casa. A lo menos, el tiempo que en ella permanezcáis.

—¿Estáis solo?

—Por completo. No se me conoce aquí, ni se sabe quién sois vos..... El secreto está asegurado.

—¿Cómo habéis sabido que yo vendría?

—¡Oh! por mi industria. Veamos, Lydia, ¿por qué el otro día no me dijísteis la verdad?

—¿Podía decírosla?

—Hubiérais sido franca.

—No debía serlo con vos.

—Bien sabéis cuánto os amo, y que tengo celos de todo lo que os rodea. ¡Ah! ¡qué pesar me habéis dado! ¿Con que tenéis un amante?..... ¡Vos, á quien yo creía tan formal, tan impecable!... ¡Y qué amante!..... Un viejo Narciso con quien no podéis contar para nada. ¡Arriesgar su reputación por un Roquiere!..... ¡Es una locura! ¿Qué sería de vos, si él fuese vuestro único apoyo? Imaginaos ligada para siempre á este ser inútil. Pues no sabría ni